

La filosofía de los poderosos El pintoresco senador Goldwater

EN las reuniones de muchas sociedades, con motivo de las juntas generales de accionistas de las grandes compañías del país, se ha podido constatar una identidad de criterios respecto a política social que al más ingenuo pudiera parecer sospechosa. El peligro de la inflación se ha pintado con las luces más sombrías, hasta llevar a los auditores, muy ampliados por las gacetas de prensa, al convencimiento



de que no son posibles nuevas mejoras salariales, sin que las mismas derrumben el edificio económico. Esa cautela prudente, propagada como un eco colectivo, sale al paso de las inmediatas reivindicaciones laborales, dentro del juego de la inevitable guerra psicológica típica de los capitalistas.

Un órgano tan poco sospechoso como el «Boletín de Información de la Asociación Social Patronal» calcula que el presupuesto mínimo diario para un matrimonio con dos hijos en Madrid, para la actualidad, es de unas 163 pesetas. Este presupuesto se desglosa de la siguiente manera: alimentación, 76 pesetas; combustibles, 12 pesetas; vivienda y gastos de casa, 22 pesetas; vestido y aseo personal, 42 pesetas; y para gastos varios, 16 pesetas.

Otras de las conclusiones de este Boletín Patronal indican que el mínimo vital—para gastos de alimentación solamente—es, para un matrimonio con dos hijos, de 90 pesetas, en Barcelona; de 85, en Bilbao; de 78, en Córdoba; de 76, en Madrid; de 78, en Valladolid, y así respectivamente.

La curva alista de los precios viene modificando sensiblemente estas estimaciones, y si tenemos presente que el salario mínimo oficial es de 60 pesetas, podemos colegir sin ninguna posibilidad de error, que el mismo se encuentra totalmente rebasado por la carestía de la vida.

«Que es lo que se pretende, pues, con estas alarmadas voces que surgen del seno de algunos de los más florecientes negocios del país? No es muy difícil adivinarlo: con la congelación de los salarios se trata—tácticamente—de cercenar una inflación creciente. Pero los motivos más directos de esta unanimidad coral están en la evitación de los más copiosos gastos de personal, en definitiva, se quiere evitar una merma de beneficios.

Si tenemos la curiosidad de volver la oración por pasiva, podemos encontrar otros significativos datos, lo suficientemente lúidos para alumbrar la cuestión. El Banco Mundial, para 1960, indica que mientras el 41 por 100 de la población española sólo posee el 27 por 100 de la renta nacional, el 1 por 100 de la población disfruta el 30 por 100

de esta renta. Un economista hizo el recuento del censo del capital español, observando que 128 consejeros controlan aproximadamente el 50 por 100 del capital social de las empresas del país. La elocuencia de estas cifras erimen de un comentario sin extensos. Pero es que, además, el monopolio se extiende evidentemente a todas las actividades económicas, hasta extremos poco concebibles. Las principales fuentes de energía, los servicios y el crédito, pertenecen a ese reducido grupo que capitanza el ancho mundo de los negocios.

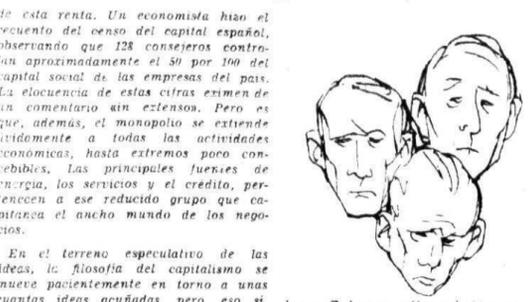
En el terreno especulativo de las ideas, la filosofía del capitalismo se mueve pacientemente en torno a unas cuantas ideas acuciadas, pero, eso sí, moviles según las circunstancias históricas. Hace algún tiempo se recomendaba resignación, sumisión al orden establecido, cauces legales indefinidos para abordar con mucho tiempo la más pequeña de las reivindicaciones. La gente tenía prisa, los narcóticos al uso dejaron de convencer y, por otra parte, el colonialismo americano había convencido de la necesidad de hacer mer-

cedores. Entonces, sólo entonces, se inicia la era que se dio en llamar del capitalismo popular. Si el acceso a la propiedad de un vehículo de cuatro ruedas, aparte del ensanchamiento de los mercados de producción, servía para dar una ejemplar impresión de bienestar general, se había conseguido una baza importante en esta lucha por la supervivencia que el capital mantiene por toda su sagacidad y todas sus ilimitadas fuerzas. El meollo de la cuestión quedaba sin tocarse: todo un tinglado perfectamente montado, no tenía más que flexibilizar sus sistemas, concediendo en lo menos para conservar su gran privilegio.

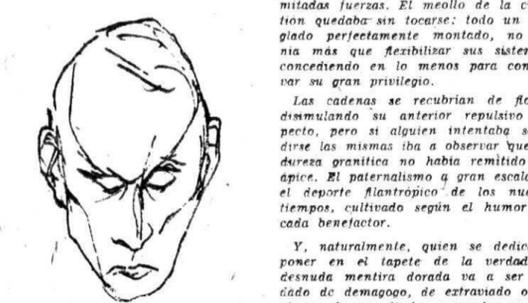
Las cadenas se recubrían de flores, disimulando su anterior repulsivo aspecto, pero si alguien intentaba sacudirse las mismas iba a observar que su dureza granítica no había remitido un ápice. El paternalismo a gran escala es el deporte favorito de los nuevos tiempos, cultivado según el humor de cada benefactor.

Y, naturalmente, quien se dedica a poner en el tapete de la verdad la desnuda mentira dorada va a ser tilado de demagogo, de extraviado o de alguno de esos lindos conceptos que se prodigan generosamente.

FERNAN MENDY



de todo el mundo. El automóvil, el frigorífico, el televisor y otras chucherías necesitaban de nuevos compra-



do de todo el mundo. El automóvil, el frigorífico, el televisor y otras chucherías necesitaban de nuevos compra-

EL CABALLO DE TROYA

Clave para interpretar Hispanoamérica

CADA poco tiempo la prensa diaria nos informa de brotes de violencia, sarpullidas sangrientas que sacuden a los pueblos de la América latina. En muchas de las populosas ciudades, por debajo de los Estados Unidos, estas rebeliones alientan un indudable carácter político. La crónica inestabilidad de Hispanoamérica lleva camino de convertirse en un avispero de consecuencias poco imaginables; los choques ideológicos, mantenidos por minorías más o menos intelectuales, acusan una falta de madurez, pero, al tiempo, un anhelo de superación de los vigentes sistemas, hasta el punto de que habremos de considerar a este enjambre de naciones como colectividad destinadas a una gran transformación histórica.

Lo que más puede deprimirnos de este revuelto panorama es la desesperación de los más numerosos sectores de las masas campesinas, cuya rebelión la mayoría de las veces sólo



José de Castro, en su libro «Los problemas de la alimentación en la América del Sur», da la clave de una situación lamentable. Refiriéndose al reparto de la tierra llega a conclusiones aterradoras. El 1,50 por 100 de los propietarios poseen el 50 por 100 de todas las propiedades agrícolas. Y por detalle: en Brasil, el 3,40 por 100 tienen el 62 por 100 de las tierras, en tanto que más del 50 por 100 de los pequeños agricultores brasileños, que cultivan directamente su pedazo de tierra, sólo poseen el 3,50 por 100 de las mismas. Estas proporciones son más profundas en Colombia, donde llega al 1 por 100 el número de grandes propietarios que dominan el 40 por 100 de la tierra. La provincia de Buenos Aires, con más de tres millones y medio de habitantes, es propiedad en más del 40 por 100 de 320 grandes familias.

tiene un carácter existencial. El hambre impulsa a la violencia, y con el hambre los anhelos insatisfechos de las mismas necesidades vitales. La paupérrima situación de la gran parte del campesinado de la América latina es una de las llagas más dolorosas que padece la humanidad. Los periódicos apronunciados que se suceden en aquella región apenas han mudado la secular miseria de la agricultura, porque ninguno de ellos ha podido poner el primer jalón a algo que es radicalmente necesario para restablecer la justicia: la reforma agraria.

El gran problema de los países latinoamericanos ofrece dos vertientes: una de ellas la de la concentración agrícola e industrial, auspiciada por el capitalismo norteamericano, principalmente. Así vemos cómo a Venezuela se le asigna categoría de productor y exportador de petróleo. El comercio del mismo representa nada menos que el 94 por 100 de las exportaciones.

Si las grandes compañías que dominan esta producción mundial, con intereses mayoritarios en las explotaciones venezolanas, consideran que el petróleo debe subir, o bajar, o reducirse las extracciones, toda la economía de este país se tambaleará. En parecida situación están otras regiones: Bolivia cifra su riqueza en el estaño, del que exporta el 63 por 100; Chile, el 48 por 100 de cobre; Brasil, el 80 por 100 de café; Colombia, otro 80 por 100; los pueblos de la América central han sido dedicados a un aplastante monocultivo frutal y generalmente encontraremos pocas zonas en el hemisferio austral americano que no hayan sido «dirigidas» económicamente.

«Revierte toda esta riqueza a la comunidad? Podemos declarar terminantemente que no sucede así. La explotación minera está en muy pocas manos; seleccionados grupos de terratenientes, en estrecho matrimonio con las todopoderosas compañías extranjeras, dominan prácticamente toda la producción, tanto la agraria como la industrial. El resultado a la vista es: empobrecimiento masivo, subdesarrollo eterno y predominio de las «élites».

Si a esta situación unimos la que produce el absentismo de los terratenientes, el exasperante monopolio, la falta de capitalización del campo y la abandonada población, muchas veces carente de los más elementales derechos de previsión, de sanidad y de la indispensable asistencia social nos encontraremos

El pintoresco senador Goldwater

Menos que se puede decir del senador Goldwater, que quizás sea candidato republicano a la Presidencia de los Estados Unidos, es que es un hombre pintoresco. Y, además, es casi todo lo que se puede decir de él. Sus discursos son una delicia. Nos recuerdan aquellos tipos amigos nuestros de la infancia que, cuando les pisábamos un pie, hacían desfilar ante nosotros terribles amenazas, invocando a toda la familia en venganza de aquel inocente pisotón. También nos recuerda a los caballeros del Oeste tirando de pistola por un quitate allá esas pajas. El señor Goldwater está llevando su campaña electoral como un erio con sus zapatos nuevos o un jovencito su primera novia, o una herencia paterna fabulosa. A cada instante nos recuerdan sus zapatos, su novia o sus millones. Y el tema del senador por Arizona es la potencia americana, la posesión de la bomba atómica, a todas horas y en todas partes y diciendo que hará esto y lo otro, o mejor que desahará esto y lo otro y meterá en cintura a todo el mundo, que siempre es sueño de niño rico.

Ahora acaba de declarar que empleará la bomba atómica en el Vietnam del Sur, lo que equivaldría, como muy bien ha dicho el señor Cabot Lodge, ex-embajador en ese país, al proceder de un hombre que va a encender un cigarrillo haciendo efectivamente estallar una bomba atómica. Y es que el senador Goldwater desea que todos nos enteremos de que América es grande y poderosa. No podemos tomar sino con buen humor todas sus declaraciones, porque, de otro modo, era para llorar sobre el joven país que elige para candidato a la Presidencia a tan pintorescos caballeros. Desde luego, todo indica que si resulta elegido candidato republicano, la victoria democrática va a ser más fácil que nunca, porque, naturalmente, no es enemigo político Johnson con quien Goldwater se senti-

ría feliz de discutir públicamente por lo visto. Y es una pena que esto no suceda, a causa de que el sentido de la dignidad del Presidente Johnson se negará a ello porque teme que resultará divertido. Aunque ahora dicen los corresponsales que los mismos partidarios de Goldwater hacen lo posible para que éste, una vez ganados un número determinado de votos y con posibilidades ya de ser nombrado candidato, lo que debe hacer es callarse, como esas mujeres muy guapas que todo lo estropean con sus indiscrepciones, en cuanto abren la boca.

Ya saben ustedes que el senador Goldwater ha tenido la original idea de criticar y oponerse a la ley de derechos civiles que extiende éstos a los ciudadanos americanos de color. Es posible que a estas alturas haya un solo hombre sensato de cualquier ideología que pueda sostener esa postura? Pero el senador Goldwater sabe las resistencias de hecho que la ley va a producir en los sectores del país llenos de prejuicios raciales o de intereses económicos antieuropeos y hace demagogia. Me gustaría saber si en un país lleno de brujos y supersticiones el senador Goldwater se pondría a alabar públicamente el mal de ojo o los ensalmos para curar las úlceras de la boca, con tal de ganar votos y poder decir que si no lo hacen caso va a tirar una bomba atómica para que nos enteremos que América es grande y rica y omnipotente. Pero los sectores más responsables del partido republicano creo yo que lo deben estar pasando mal viendo tan capidísimo mundo a su partido hasta ofrecer al mundo la casi rabalesana figura del senador de Arizona.

Desde luego, esto de las bravatas es ya cosa harto vieja y la historia nos ha conservado deliciosas pinturas de bravucones, como la de Turismán, Rey de los godos, que en los comienzos de la Edad Media invitó a los longobardos a un banquete para suscribir allí por su hijo, caso en lucha contra éstos. Entonces se levantó su otro hijo y comenzó a provocar a los longobardos, con los que entonces eran los más graves insultos, llamándoles «yeguas de patas blancas» y diciéndoles de ellos que apestaban, lo que a lo mejor era verdad en un momento con gran horror al agua. Ese fue el aperitivo del banquete y uno de los longobardos siguió con otros desafíos, pero al fin la carne asada y los buenos vinos hicieron entrar en razón a aquellos violentos. Andando el tiempo, el legendario Roldán fue mucho más allá que el senador de Arizona en sus destruidores proyectos y un día que estaba comiendo con el emperador de Constantinopla, se levantó un tanto emocionado y dijo: «Que el Rey Huzo me preste su cuerno y entonces iré por la ciudad y soplaré tan fuerte que todas las puertas saldrán de sus goznes. Y cuando el Rey venga a mí, le voy a dar tantas vueltas que va a perder su manito de armijo y se le van a encender los bigotes».

Y a estas fanfarronadas llamaban aquellos caballeros medievales, que eran bastante brutos, echear un gaber. Cuando estaban muy aburridos, decían «echamos un gaber? Como hacen ahora todos los duros de la política; solamente que en nuestro tiempo con dramáticas consecuencias.

Por lo demás, nadie ha retratado a este tipo de hombre como Babbel, al contar las aventuras del Rey Pterocholo, a quien sus capitanes aseguran la conquista del mundo como un paseo triunfal: «Pasado el mar pterocholimo encontré a Barbarroja, que será nuestro esclavo».

perfectamente capacitados para comprender el porqué de la rebelión americana. Un Premio Nobel reciente, el italiano Salvatore Quasimodo, decía que lo que más detestaba era el sutil disfraz que se hacía de la idea de Patria (con mayúsculas), enmascarando los más sucios intereses de grupos y capillitas. El peronismo, con sus brotes demagógicos y sus excesos, intentó enfrentarse con esta injusticia. Cayó el justicialismo del general Perón, en parte por sus culpas, pero especialmente porque representaba una amenaza potencial a los grandes intereses oligárquicos y feudales de las minorías que detentaban las riquezas del pueblo. La revolución cubana, con más firmeza que otros movimientos americanos, ha instaurado el socialismo en la isla. Y lo curioso es observar cómo se teme al contagio de las ideas castristas. Para atajar el auge creciente del ideario de Fidel Castro no valdrán invocaciones a la idea de Patria, al panamericanismo, ni mucho menos poner en los labios de quienes se benefician del «statu quo» vigente, el nombre de civilización cristiana. El cristianismo ha servido, tanto como las enfáticas declaraciones patrióticas, para que quienes mantienen la explotación del hombre por el hombre invocaran sus escusis, en forma desvirtuada pero eficaz.

No son muy necesarias las infiltraciones de agentes subversivos, tal como se vienen denunciando. La subversión está en los sangrantes realidades: la miseria, la injusticia social y el brutal contraste entre quienes lo poseen todo y quienes son despojados diariamente no pueden prolongarse indefinidamente. Por esta causa no deben extrañar a nadie estas aisladas rebeliones. Quien nada tiene que perder, poco le importa lo demás. Un hombre hambriento de todo, llegará en su desesperación a la mayor de las locuras. De nada valen, pues, las invocaciones al tisonantes, Patria, civilización occidental o cristiana, libertad, peligros para nuestra cultura... si los hechos no respaldan estas palabras. De seguir así, como hasta ahora ha venido ocurriendo, la revolución de los desheredados proseguirá su marcha implacable y violenta, porque los hombres desconfían cada vez más de las palabras bonitas y buscan—como sea—la justicia a secas.

MIGUEL ANGEL PASTOR

El pintoresco senador Goldwater

«Nada, nada, eso a la vuelta. Antes tomárennos Gandía, Chipre, Rodas y las islas cíclicas, y caeremos sobre la Morea y la haremos nuestra. Dios guarde a Jerusalén, porque el Sultán no es nadie ante nuestro poderio.»

«Entonces podrá reconstruir el templo de Salomón.»

«No, esperad un poco. Nunca seáis precipitado en ninguna de vuestras empresas... Os conviene primero tomar el Asia Menor, Caria, Lidia, Persia y demás pueblos hasta el Eufrates, y así todas las demás naciones, como quien bebe un vaso de agua. Por eso, al concluir de leer a Robespierre lanzamos la carcajada. Lo malo es que la historia además de mostrarnos que hay bravucones nos muestra también que hay locos que intentan poner por obra sus sueños pterochólicos. Es la única, pero terrible sombra de estos tipos humanos que son capaces de poner en marcha una guerra para encender

los períodos del Gobierno republicano, posteriores al segundo Roosevelt, no han sido precisamente una gloria para el país y las clases populares han sufrido las consecuencias de una política económica y social constantemente favorable a la élite capitalista y blanca, mientras la mediocridad intelectual y la obsesión sexual eran reinas, pero con todo han sido una sorpresa enorme este senador Goldwater, una figura inédita de aspirante a gobernante en Norteamérica. Y Norteamérica es a la vez el líder, con permiso del general De Gaulle, de lo que se llama el mundo libre. Un líder, a decir verdad, también un poco capidísimo y que, a pesar de su gran potencial, nos divierte un poquito a todos los europeos y hasta a ese jefe de tribu africana que un día amenazó con comerse crudo a su Presidente por un pequeño disgusto de nada.

JOSE JIMENEZ LOZANO

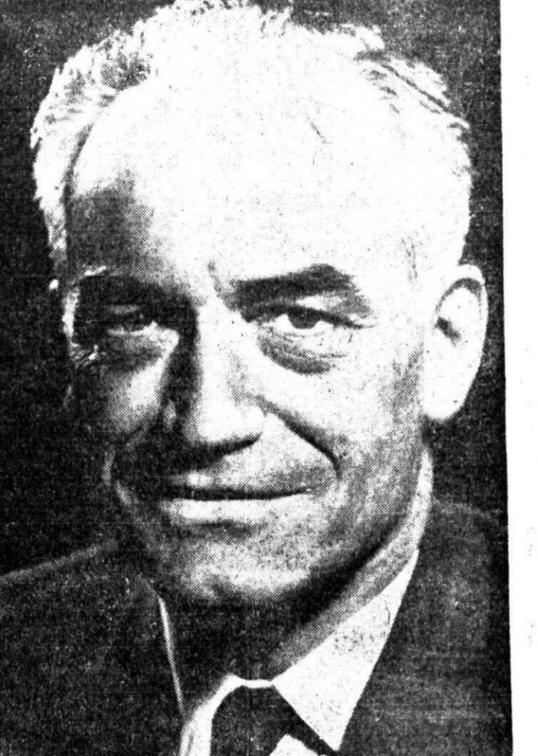
En busca de una cultura popular

LA cultura había venido a lo largo del tiempo depositándose en pequeños grupos para los que la lucha diaria por existir no suponía dificultad alguna. De esta manera, lo cultural pudo llegar a asociarse durante siglos a situaciones de privilegio y ociosidad, cuya transmisión se realizaba de padres a hijos en idéntica forma al resto de los demás bienes materiales. Bajo el dictado de esta oligarquía se vino imponiendo los moldes que dieron forma a sucesivas manifestaciones, y en las que el sentimiento popular sólo se traslucía en confusas pinceladas de fondo.

El ansia renovadora de los tiempos modernos exigió la participación del pueblo en la cultura. Había en este anhelo un intento mayor de apremiante justicia que de caridad, por estimarse la cultura como un patrimonio universal en el que todos deberían considerarse partícipes. Unase a esto, el empeño federativo y ecuménico que hoy nos envuelve, y podrá comprenderse la urgente necesidad de que los hombres alcancen un mismo nivel de instrucción donde el diálogo pueda hacerse posible.

El problema se suscita al pretender comunicar una herencia de siglos a una masa por igual de siglos desposeída. De una parte, se alzan los avaros guardianes al pensar que siendo más a disfrutar del tesoro tocarán a menos en el pretendido reparto. Frente a ellos, las clases populares adoptan una postura de natural desconfianza, al creer que aquéllos no vendrían sino a destruir lo único que actualmente poseen: un puñado de tradiciones ligadas a supersticiones, temores y suspicacias.

A los primeros les contestó ya Antonio Machado: «Difundir una cultura no es repartir un caudal limitado entre muchos para que nadie lo goce por en-



vos, dijeron el duque de Mennali, el conde Espadachin y el capitán Merdaille. «Le acordaré gracia, dijo Pterocholo. «Perdonadle la vida si se deja bautizar. Después atacaré los reinos de Túnez, Argelia, Cirene, Hipos y Bone, a continuación toda la Berberia y luego ya tendré en vuestra mano a Mallorca, Menorca, Gerceira, Corcega y otras islas, Ligustica y Baleares; cortando a la izquierda dominaré toda la Galla Narbonica, la Provenza, Allabrogues, Génova, Florencia, Luca y con Dios quede Roma. El pobre señor Papa se morirá de miedo... Tomada Italia, he aquí Nápoles, Calabria y Sicilia, todas saqueadas, así como Malta.»

«Yo iría de buena gana a Loreto. Nada, nada, eso a la vuelta. Antes tomárennos Gandía, Chipre, Rodas y las islas cíclicas, y caeremos sobre la Morea y la haremos nuestra. Dios guarde a Jerusalén, porque el Sultán no es nadie ante nuestro poderio.»

«Entonces podrá reconstruir el templo de Salomón.»

«No, esperad un poco. Nunca seáis precipitado en ninguna de vuestras empresas... Os conviene primero tomar el Asia Menor, Caria, Lidia, Persia y demás pueblos hasta el Eufrates, y así todas las demás naciones, como quien bebe un vaso de agua. Por eso, al concluir de leer a Robespierre lanzamos la carcajada. Lo malo es que la historia además de mostrarnos que hay bravucones nos muestra también que hay locos que intentan poner por obra sus sueños pterochólicos. Es la única, pero terrible sombra de estos tipos humanos que son capaces de poner en marcha una guerra para encender

los períodos del Gobierno republicano, posteriores al segundo Roosevelt, no han sido precisamente una gloria para el país y las clases populares han sufrido las consecuencias de una política económica y social constantemente favorable a la élite capitalista y blanca, mientras la mediocridad intelectual y la obsesión sexual eran reinas, pero con todo han sido una sorpresa enorme este senador Goldwater, una figura inédita de aspirante a gobernante en Norteamérica. Y Norteamérica es a la vez el líder, con permiso del general De Gaulle, de lo que se llama el mundo libre. Un líder, a decir verdad, también un poco capidísimo y que, a pesar de su gran potencial, nos divierte un poquito a todos los europeos y hasta a ese jefe de tribu africana que un día amenazó con comerse crudo a su Presidente por un pequeño disgusto de nada.

JOSE JIMENEZ LOZANO

En tanto la cultura permanezca en manos de unos pocos aristócratas de la inteligencia, se habrá perdido esa veta inagotable, rica de emociones y sentimientos, que denominamos «Pueblo».

GUILLELMO DIEZ

